

#28

DAR EL SALTO. ODIO Y MUTACIÓN

Gabriel Giorgi
New York University

Artículo || Invitado | Publicado: 01/2023
DOI 10.1344/452f.2022.28.12
gag206@nyu.edu

Texto || © Gabriel Giorgi – Licencia: Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional de Creative Commons



Dar el salto. Odio y mutación

Gabriel Giorgi
New York University

1. Doble *click*

La discusión sobre la relevancia del odio como afecto político en las democracias contemporáneas tiene, creo, una función fundamental: la de trazar un registro sensible —en los tonos, las expresiones, los gestos y las voces— de la mutación, a escala global, de las derechas en ultraderechas. Plantear el odio como un afecto propio de lo que se denomina, erróneamente, «polarización» de las sociedades o, al menos, del arco político es equívoco, por la sencilla razón de que tal polarización no existe¹. Lo que vemos suceder desde Trump hasta Vox es la fuga de las derechas hacia las ultraderechas: el odio nombra y le da resonancia afectiva a eso. *Dar el salto* a la ultraderecha: esa es la postal móvil de los últimos años, y que se conjuga en los lenguajes y las formas expresivas bajo el signo del odio. «Odio» es la herramienta —ciertamente limitada— para mapear esa mutación que tuvo lugar bajo nuestra mirada y que reconfiguró las esferas públicas y la posibilidad misma de la vida pública en muchas sociedades.

Dar el salto: las derechas apuestan a la ultraderecha. Este salto no es homogéneo o coherente. El «salto» bolsonarista no es el que da Vox en España o el que se anuncia en los vocabularios anarcocapitalistas en Argentina. Sería poco productivo intentar reunir estos procesos heterogéneos en torno a un programa más o menos unificado. Puede haber puntos estratégicos en común (la lucha contra la denominada «ideología de género», por caso), pero los énfasis y las direcciones son muy diversas. Sin embargo, a nivel de las formas expresivas sí hay una modalidad compartida: *el odio como afecto movilizado para redefinir los mapas de la inclusión política*. El odio como estrategia de segregación de cuerpos que las democracias prometieron incluir —en algunos casos de manera más simbólica que real—: mujeres, lgtbq, inmigrantes, precarizadxs, indígenas, afrodescendientes, largo etcétera. El odio funciona en el salto a la ultraderecha como el afecto que busca trazar una nueva distancia ante los cuerpos que se anunciaron como nuevos participantes de la igualdad democrática. La segregación —el impulso de achicar, de restringir el espacio de la inclusión democrática— es, podemos pensar, el sentido fundamental del odio como afecto político: *trazar una nueva distancia entre los cuerpos*. Que esa proximidad con el cuerpo trans, con el cuerpo migrante, con el cuerpo racializado —cuerpos hasta no hace mucho completamente invisibilizados y reser-



vados para los lugares de explotación y extractivismo— se convierta en máxima distancia: *que desaparezcan de mi vista*; eso dice, una y otra vez, el odio.

Pensada desde Argentina, la conversación sobre el odio como afecto político tiene un punto de inflexión: 1 de setiembre del 2022, cuando —ante las cámaras de televisión y en directo— un joven intenta asesinar a Cristina Fernández de Kirchner, actual vicepresidenta y figura central de la política argentina². Ese punto de inflexión reordena la discusión sobre los lenguajes de odio dado que, desde hace al menos diez años, Cristina es el centro de gravitación al que se dirigen expresiones crecientemente violentas, tanto verbales como performáticas. Estas expresiones, además de un archivo incesante de insultos y de deseos de muerte, incluyeron guillotinas al frente de su despacho, imágenes con su cuerpo ahorcado, féretros con bolsas negras con su nombre, y muñecas representando a una Cristina visiblemente convertida en una mujer negra y con traje de presidiaria. Si hasta este punto de inflexión estas expresiones podían ser leídas como formas de expresión simbólica capaces de contenerse en ese terreno, el «pasaje al acto» del 1 de setiembre —el «doble *click*» de los disparos fallidos, amplificados por la transmisión en vivo— echa por tierra esas conjeturas y obliga a enfrentarse con la ecuación entre odio y violencia política sin los reparos de la mediación simbólica. Si las relaciones entre, por así decirlo, las palabras y los cuerpos bajo el signo del odio pudieron pensarse bajo el signo de la violencia simbólica, el intento de asesinato ya trae a la superficie lo que siempre se supo: que los lenguajes siempre tocan los cuerpos, y que el acumulado de violencia nunca se termina de contener en la mediación de los signos. Argentina no había ahorrado en la historia reciente violencia contra cuerpos, incluyendo el asesinato: militantes mapuches, pibes pobres, mujeres. El hecho de que esa violencia se condense hacia el cuerpo político por excelencia en Argentina —Cristina como el núcleo que ordena el mapa político— habla de un salto en intensidad y en cualidad de esa violencia que llamamos odio³.

En lo que sigue me gustaría enfocar dos dimensiones de los modos en los que el odio y sus formas expresivas dan claves que son decisivas sobre las mutaciones de la derecha en curso. Mutaciones que son, desde luego, ideológicas, que responden al mundo de ideas en transformación y en disputa, pero que se conjugan de maneras decisivas en el *trabajo afectivo* que viene de la mano del odio. Dicho de otro modo: las mutaciones de las derechas que venimos viendo son inseparables de una gramática afectiva, que no niega pero que modula y transforma las ideas que se movilizan y que se defienden. Centralidad del afecto no solo como foco

de energía política sino también como instancia a ser modelada en lenguajes públicos, dado que en esas modulaciones compartidas —una suerte de guiones afectivos para la vida colectiva— se juegan operaciones que rehacen imaginarios políticos en las zonas limítrofes de lo democrático.

Antes, una caución. Cabe preguntarse si en contextos de pasaje a la acción de la violencia política las nociones de «discurso de odio» y de «subjetividad odiante» funcionan como herramientas de análisis tan efectivas. Dado que, como sabemos, el foco en el odio puede impulsar a lecturas psicologizantes e individualizantes que oscurecen una realidad ya no solamente de ciertas subjetivaciones, sino también la de fuerzas colectivas, más o menos difusas, más o menos organizadas, que apuestan a quebrar los pactos de interpe-lación democrática. «Odio» parece funcionar como noción *a la vez apta e insuficiente* para procesos que van más allá de una subjetivación y un modo de expresión. Sabemos que los afectos y emociones políticas no son nunca puramente individuales ni puramente psicológicos: son compartidos («pegajosas», dice Sara Ahmed [2004]) y pasan tanto por las representaciones como por los cuerpos. Quizá sea el momento de anudar más claramente la reflexión sobre los afectos con debates fuertemente centrados en la vida colectiva para evitar la trampa de la individualización y a la vez no acatar lo que parece ser el mandato de las ultraderechas: que no se hable de odio, que no se pueda debatir los lenguajes de odio ni, por supuesto, regularlos. Debemos poder al mismo tiempo reconocer, señalar y contener los lenguajes de odio que —las pruebas sobran— terminan sistemáticamente en cuerpos violentados o muertos, y al mismo tiempo destrabar los modos en que entendemos la relación entre afectos e ideas, entre movilizaciones afectivas y construcciones ideológicas que no conduzcan, una y otra vez, al retrato repetitivo del *hater* como problema psicológico y aislado en el individuo, en la figura —tan funcional a la cobertura mediática dominantes en consonancia con las derechas y ultraderechas— del «loco suelto».

Volvamos a las dos dimensiones en las que quiero enfocarme: por un lado, *la pregunta por lo público* a partir de la creciente relevancia del odio como afecto político; la segunda, *el odio como nudo de temporalidades* que traza entrelazamientos y fricciones entre pasado y futuro.

2. Odiar lo público

«Anoche te dejaron la ciudad
Y qué hiciste [...]
La rompiste,
Y maltrataste a su gente
Robaste y no era comida»

Diarios del odio, la instalación (2014) y luego libro de poemas (2016) de Roberto Jacoby y Syd Krochmalny⁴, funcionó en Argentina como una intervención que abrió el debate sobre el odio en las inflexiones del antikirchnerismo e iluminó tempranamente el terreno sobre el que tendrá lugar el salto a la ultraderecha de nuestros días. Trabajó con un archivo: el de los comentarios a los portales de noticias que, vistos desde hoy, fueron el espacio donde germinaron las coordenadas de un «agenciamiento colectivo de enunciación» que se potenciará y transformará en las plataformas digitales que le siguieron. Desde el «subsuelo» de los comentarios en los portales de noticias digitales, esta masa de enunciados —potenciados por la figura emergente del *troll*— ejerció presión creciente sobre la discusión pública, sus formas de validación, los permisos culturales que se afianzan y los tonos y formas expresivas que se van modelando. *Diarios del odio* funciona en este sentido como teoría y archivo de los vocabularios y las enunciaciones que años después se afianzaron y ganaron terreno en la vida colectiva argentina.

Uno de los rasgos que emergen como aspecto distintivo en esta masa de enunciados que trabajan los *Diarios...* es un gesto que se amplificará en nuestros días: la pulsión *privatizadora* del odio como afecto político. El odio es, podemos decir, un *afecto privatizador*. Parece paradójico precisamente allí donde las escrituras del odio reclaman, bajo la consigna de la «libertad de expresión», su vida pública, su derecho a circular libremente. Pero estas escrituras sistemáticamente apuntan a que los cuerpos odiados *desaparezcan* del espacio público compartido. La calle como el escenario muy recurrente del odio, justamente allí donde se vuelve espacio de disputa democrática y donde los objetos de odio —sean piqueteros, feministas, travestis, «pibes chorros», etc.— irrumpen y reclaman su lugar: el odio ahí funciona como una especie de energía disciplinadora, de reordenamiento de lo que las luchas democráticas «desordenan». Ese desorden no es solamente el de las demandas de igualdad en los reclamos de derechos sino es también el de modos de ocupación y de reinención del espacio público en el que se dramatizan y se contestan los daños que el neoliberalismo le hace a los cuerpos. El feminismo ha sido, creo, el gran laboratorio (pero no el único) de esos modos expresivos que reinventan la vida pública, trabajando una *textura afectiva*



que refuerza la dimensión expresiva en la que se juegan otros modos de ocupar lo público distinto de la movilización política clásica.

Demanda de igualdad y derechos, laboratorio de afectos colectivos: es ahí, contra eso, donde el odio aparece como un afecto privatizador a la vez que reactivo: que esos cuerpos racializados, marcados por la clase, el género o la sexualidad vuelvan a «sus» lugares. Aquí el odio expresa, frecuentemente, un deseo de eliminar a otros, ese impulso letal que vemos traducirse en violencia política en nuestros días. Pero me interesa subrayar fundamentalmente otra dimensión: el impulso y la fantasía de «limpiar» el espacio público y de «devolver» ciertos cuerpos a los lugares de donde «no deben» salir: las mujeres a sus casas y al lugar que le da el patriarcado, los pobres a sus barrios y a sus lugares de subalternidad, etc. Una fantasía de reordenar una trama social *allí donde las luchas democráticas sacan a los cuerpos de los lugares que tenían asignados*. Ahí el odio se vuelve una especie de afecto regulador del espacio público (es interesante recordar aquí un texto agudísimo de Audre Lorde [1984] sobre el odio, que empieza en una escena en el metro: la mirada de odio que se dirige a ella cuando es niña, por ser niña negra. Ahí el odio opera como regulador de la proximidad: lo que quiere regular mi distancia respecto de cuerpos «demasiado» próximos, en la calle, en *mi* calle, en los espacios compartidos). En ese sentido quiero subrayar esta dimensión privatizadora del odio: devolver los cuerpos a sus lugares de subalternidad, de sumisión y de explotación. Y eso pasa fundamentalmente como respuesta a la disputa por el espacio público y por los modos de hacer vida pública en contextos de desigualdad brutal y de reconfiguración de las relaciones entre economía y tecnología.

3. Temporalidades incongruentes

El segundo elemento tiene que ver con la temporalidad. Frecuentemente escuchamos que el odio quiere borrar la memoria histórica y política de la violencia, y lo asociamos, en Argentina, a discursos negacionistas de la dictadura. Parece trazarse un lazo entre el odio y la negación de la memoria: su símbolo temprano fue la expresión del entonces futuro presidente Mauricio Macri describiendo al movimiento de los derechos humanos argentino como un «curro» (es decir, como una manera engañosa de conseguir dinero)⁵. Las políticas de la memoria del terrorismo de Estado y su relación con el movimiento de derechos humanos —fundamento del pacto democrático forjado a partir de 1983— es un target sistemático de las escrituras del odio. Creo, sin embargo, que hay que complejizar esto. Debemos pensar también al odio como un afecto *memorioso*, dado que ahí se juega algo

clave. Muchas escrituras del odio a la vez que impugnan las políticas de la memoria del terrorismo de Estado y el movimiento de derechos humanos en general activan otras memorias y otras temporalidades. Algo interesante ahí para pensar en torno al afecto como *huella* y como *sedimento*: algo que tiene que ver con otras memorias que demandan su narración. Memorias que reivindican la dictadura, los héroes de la lucha contra la «subversión», pero también memorias míticas de orden patriarcal y familiar idealizado; la memoria —podemos pensar— de lo que nunca existió. El odio superpone pasados, sedimentos históricos, y los moviliza contra el presente. Memorias míticas pero que no por eso se viven como menos reales, junto a memorias históricas: los lenguajes de odio reactivan y movilizan temporalidades heterogéneas que se quieren recortar contra las políticas de la memoria de la democracia. El odio funciona así como una especie de *anudamiento de tiempos heterogéneos contra el pacto de memoria de la democracia*.

Me gustaría, en tal sentido, situar al odio en una especie de *nudo temporal*, el anudamiento de temporalidades que se juega en el odio como afecto político. Una discordancia temporal: por un lado, el aparente retorno de formas previas, arcaicas, de identidades y subjetivaciones superadas: la dictadura, el machismo, la homofobia y la transfobia, el racismo espectacularizado (especialmente en nuestros días el racismo de colonos que retornan ante la supuesta «amenaza mapuche»); en fin, formas expresivas retrógradas, todo lo que parece un salto hacia el pasado. Aquí se conjuga el tema del *espectro*: el retorno espectral de las huellas del pasado. Eso es lo que nombra y se debate en torno a «fascismo» y «neofascismos» en el que reaparecen los tropos, las retóricas de los fascismos más clásicos bajo la luz de sus variaciones.

Pero, a la vez, el odio marca también un salto temporal hacia un futuro prometido en el que los vocabularios de un neoliberalismo aún más salvaje que el que ya conocemos, vocabularios que prometen que la destrucción del Estado, la abolición de toda regulación sobre la vida económica, va a permitir salidas individuales para el bloqueo del presente, ese puro experimento que es una aceleración de procesos en curso (económicos, tecnológicos, sociales): esa temporalidad futura, ese salto al futuro se alberga también en las escrituras de odio. Encontramos esa temporalidad en los discursos anarcocapitalistas que cobran pregnancia creciente en distintas regiones, hechos de las mezclas más diversas, pero marcando el nuevo rostro de un neoliberalismo que ya no se sostiene sobre la promesa de inclusión a partir del mercado y del emprendimiento sino que se afirma sobre la segregación y la «metralla giratoria» que apunta a una serie



abierta de otros de clase, raza, género, sexualidad, capacidad, etc. Ese giro (con la pandemia al medio) intensificó y amplificó lo que en Argentina se venía gestando desde el antikirchnerismo y le dio otro alcance y otra temporalidad.

El odio así parece hacer convivir dos movimientos temporales opuestos: el retorno espectral del fascismo, de la dictadura, de imágenes arcaizantes, y a la vez el salto hacia un futuro de radicalización del neoliberalismo con formas cada vez más violentas de capitalización de cuerpos y de recursos. Como si el odio como afecto político permitiera la coexistencia y la superposición (más que la combinación y la secuencia) de estos bloques de tiempo y estas miradas históricas que no necesariamente son coherentes ni mucho menos lineales.

Repensar la vida de lo público; leer las temporalidades en su yuxtaposición inestable: tales son algunas de las tareas de la crítica allí donde los afectos funcionan como una cartografía sensible de las mutaciones del presente.

Bibliografía citada

AHMED, S. (2004): *The Cultural Politics of Emotions*, Londres: Routledge.

GIORGI, G. y KIFFER, A. (2020): *Las vueltas del odio. Gestos, escrituras, políticas*, Buenos Aires: Eterna Cadencia.

JACOBY, R. y KROCHMALNY, S. (2016): *Diarios del odio*, Buenos Aires: N Direcciones.

LORDE, A. (1984): «Eye to Eye: Black Women, Hatred, and Anger» en *Sister Outsider: Essays and Speeches*, Berkeley: Crossing Press, 145-175.



Notas

1 Hay, sin duda, una tradición de izquierda que moviliza el odio como afecto y energía política: el odio de clase en Walter Benjamin es un ejemplo clásico. Esta tradición no tiene correlato significativo en los progresismos contemporáneos, más cerca, en el mejor de los casos, de la socialdemocracia que Benjamin criticaba que del odio de clase como afecto revolucionario.

2 En el marco de una vigilia militante en la casa de CKK que protestaba contra a lo que se considera una persecución judicial contra Cristina (similar a la que sufrió Lula y lo invalidó como candidato), y mientras la vicepresidenta saludaba a militantes, Fernando Sabag Montiel intentó disparar a centímetros de la cabeza de CFK. La bala no salió disparada debido a un desperfecto de la pistola. La pregunta que quedó orbitando es, claramente: ¿y si la bala hubiera salido?

3 Desde luego, esto no es una especificidad argentina: el asalto al Capitolio en EE. UU. en enero del 2021 sacudió los imaginarios de las democracias liberales a nivel global. Quizá la singularidad del ataque a Cristina radique en la construcción mediática de larga data de la figura de Cristina como cuerpo «atacable»: un cuerpo femenino empoderado vuelto objeto de violencias simbólicas que enfrenta el «pasaje al acto» en el doble *click* de los disparos que no salieron.

4 *Diarios del odio*, en sus diferentes formatos, giró en torno a dos procedimientos: el de archivo de los enunciados de odio en la sección «comentarios» de los diarios *Clarín* y *La Nación* (diarios de marcada tendencia antikirchnerista) durante el período 2008-2015 y el de su transcripción en paredes de un centro cultural (en el formato instalación) y luego como poemas, en un volumen editado en 2016, y que fue musicalizado y coreografiado por el grupo ORGIE, bajo la dirección de Silvio Lang, en una puesta escénica del 2018. Instalación, poema, puesta escénica: en todos los casos se reproduce el lenguaje del odio y se lo reenmarca como respuesta y desvío. Ver en tal sentido, Giorgi, G. y Kiffer, A., *Las vueltas del odio. Gestos, escrituras, políticas* (2020).

5 Véase, <<https://www.lanacion.com.ar/politica/mauricio-macri-conmigo-se-acaban-los-curros-en-derechos-humanos-nid1750419/>>.